

puntos teatro del triste suceso y festigos del desarrollo del mismo, en sus posteriores consecuencias y fases.

### La carpintería

En las inmediaciones del depósito de la alhóndiga provincial, que en el barrio de San Martín se edificó, existe, en la planta baja de la casa número 3 de la calle de Zubieta, una carpintería, cuyos dueños se distinguen por su constante y bien reputada laboriosidad.

En aquella carpintería, lugar de afanosa y tranquila labor, los dueños de la misma, Sres. Vicente Zaldúa y José María Goicoechea, procuraban siempre no tener a su servicio sino obreros de condiciones de moralidad y laboriosidad, constantes y recomendables.

Es así, que desde hace algún tiempo trabajaban en aquel tranquilo taller, los actores del tristísimo y doloroso hecho que ayer tuvo en él lugar.

Compañeros monos de que en aquella mansión del honrado trabajo, donde el padre ganaba con el esfuerzo de su cuerpo y la habilidad que su inteligencia le proporcionaba, el pan de sus hijos, haya sido testigo de aquel desagradable y triste suceso.

### Los tres oficiales

Trabajaban en el taller citado, Leandro Sarasola, Nicolás Marticorena—conocido por «El Sevilla» por sus aficiones al toro—y Agapito Muro y otros; aquellos tres oficiales de carpintería, bajo la inmediata inspección de los jefes de la casa Vicente Zaldúa y José María Goicoechea.

Para mejor conocer a los personajes citados, quienes, como ya hemos dicho, juegan importante papel en la triste contienda de ayer, diremos que Leandro Sarasola es un joven de 24 a 25 años, natural del barrio de Ibañeta, habitante en la calle de Easo, núm. 43, a la par que sus compañeros Agapito Muro, natural de la Guardia, de 25 años próximamente también, recién casado y residente en la calle del Príncipe, letra O. 2.º y Nicolás Marticorena, de 28 a 30 años, viudo y habitante en la calle del Puyuelo, núm. 7.

Los mejores informes, los más excelentes antecedentes abonan la inmejorable conducta de los tres oficiales de carpintería a que hacemos referencia, y de labios de sus jefes hemos oído para todos ellos elogios merecidos, como también los hemos oído de todos cuantos los conocían.

¿Cómo y por qué entre los laboriosos obreros que hemos citado, surgió la contienda que a tan tristes consecuencias ha dado lugar?

Esto es lo que después de las averiguaciones que ayer practicamos hemos logrado saber, y que vamos a referir.

### Una disputa

Un motivo nimio; una disputa sin causa suficientemente justificada, ha sido causa del tristísimo hecho. Leandro Sarasola y Agapito Muro disputaron injustificadamente, enfriándose sus amistosas relaciones de siempre. Nicolás Marticorena, el amigo y compañero de ambos intervino y apacó los ánimos, contribuyendo a ello la presencia de uno de los amos del taller que llegó en el momento de la disputa.

Sucedía esto el sábado último por la tarde. Agapito Muro y Leandro Sarasola, en las incidencias de la obra del taller, empeñáronse en establecer una perla sobre cuál de los dos concluía antes y mejor unos cercos de ventana que estaban haciendo.

De esta porfía surgieron las bromas de sus compañeros de trabajo y poco a poco, a medida que se acercaba el fin de la apuesta con la construcción y terminación del cerco empezado por Leandro Sarasola, las provocaciones amistosas se convirtieron en ofensas al amor propio. Lo que en un principio fué broma acabó por ser origen de gruesas palabras y ofensivos conceptos lanzados el uno al otro hasta el término de que Agapito Muro amenazaba tirar un martillo a la cabeza del Leandro Sarasola.

Un generoso compañero y amigo de ambos, lastimado de ver que dos buenos muchachos iban a entrar en el camino de las vías de hecho por nimio motivo, intervino. Este valeroso amigo era Nicolás Marticorena, el Sevilla, quien reconvinó amistosamente a los dos contendientes.

Tal vez no hubiera sido bastante la intervención de Nicolás Marticorena, dado el grado de furor alcanzado por los dos contendientes, si en aquel momento en que disputaban no hubiese llegado uno de los amos del taller, D. José María Goicoechea.

La presencia de este determinó el fin de la cuestión surgida.

Los ánimos se aplacaron; los fruncidos entrecejos se serenaron, la calma, en fin, pareció volver a los dos contendientes, y hemos oído que aquella tarde, Agapito Muro, trató con sus palabras de dar a comprender a Leandro Sarasola, que no juzgaba perdida su mutua amistad.

A los Leandro, dice nos que Muro dijo a su am. o a salir del taller.

—Adios, parece que contestó aunque frunciendo el cejo, Sarasola.

### Preparativos de venganza

Nadie hubiera supuesto que Saraso a guardase ya en su ánimo otra cosa que un legítimo resentimiento por los insultos que parece recibió de su compañero Muro al vereste ganada la porfía entablada por el Saraso a.

Sin embargo, el compañero de Muro no olvidaba las ofensas.

De una naturaleza excelente, no podía soportar a lo que parece que, sin ofensa suya hubiese sido ofendido.

Las palabras de Muro *¡ochino!* y *¡mocos!* y algunas otras de este jaez eran para él otros tantos latigazos en el rostro que no podía dejar pasar sin duro correctivo.

Perseguido sin dula por este recuerdo, no se olvidaba tampoco de que le había parecido notar en la despedida de Muro algo de sarcástico y burlón.

Y eso, en verdad, no podía consentirlo sin de la algara, puesto que sus actos ni bien determinan ciertamente una preocupación constante y un decidido propósito de venganza.

Durante la noche del sábado al domingo, no debió olvidar Leandro su propósito de obtener venganza de las afrentas que Muro le prologara y su determinación debió tomarla de un modo resuelto, a juzgar por los actos que realizó en la mañana de anteayer domingo.

### El arma homicida

A la mañana siguiente, Leandro vistió su traje de los domingos y se dirigió desde luego a la calle

de Herrani, donde recordaba existía un almacén de armas.

Entró con efecto, en uno de los dos establecimientos que en dicha calle existen, expendedores de dichas armas y adquirió por 45 pesetas, un revolver de 6 tiros y una caja de cápsulas.

Así provisto, Sarasola se creyó fuerte de temple y de espíritu. Pero, falto sin duda del valor que creía tener para realizar su meditado propósito, Leandro, en vez de buscar a su contrario Muro, como a todas luces era su primer proyecto, trató de adquirir fuerzas bebiendo.

Con efecto, según los informes más fidedignos que hemos adquirido, Leandro Sarasola recorrió algunos establecimientos y se entregó a frecuentes libaciones.

Quiso la suerte que no hallase a Muro y sin duda no trató sino en último término Sarasola, de buscar a su contrario. No se vistieron ambos contrincantes. ¡Verdad es, que por desventura, no perdía Muro por esperar!

### La ausencia del taller.

Cuando en la mañana de ayer fueron los operarios de la carpintería al taller, notaron que Leandro Sarasola no asistía a su trabajo como tenía costumbre.

Sin embargo, el hecho de ser lunes, explicaba la ausencia del joven operario sin dificultad y nadie hizo gran caso de la ausencia del operario.

Ni siquiera incidentalmente se suscitó la sospecha de que Leandro no acudiera al trabajo por hallarse todavía bajo la impresión de su disputa con Muro, ni este tampoco se acordaba ya, como tampoco se acordaban sus compañeros del incidente ocurrido el sábado.

Nosotros, desprovistos de conocer las causas que pudieran explicar los hechos, hemos interrogado a varios sujetos, conocidos de Leandro, quienes lo habían visto en la mañana de ayer.

—Recordo, nos dijo uno de ellos, que vi esta mañana a Leandro, con aspecto preocupado y vestido con su traje de los domingos. Esto me extrañó, porque conociendo yo a Leandro, sabía que no es de los que acostumbra faltar al taller durante la semana.

—¿No notó usted nada que pudiera hacer sospechar cualquier intento de Leandro?

—No señor. Únicamente observé que parecía taciturno y preocupado. Mi impresión fué que Leandro estaba un poco mareado por algún exceso que en la noche anterior habría hecho en cuanto a la bebida.

De esta sustra conversación con el amigo ó conocido de Leandro, despréndese que éste, preocupado por la idea, fija en su mente, de tomar venganza de lo que él consideraba como degradantes insultos a él dirigidos por su compañero de taller, dudando entre el olvido y el resentimiento, hayó del taller para huir de su propósito.

### Una sospecha

Toda la mañana anduvo errando por las calles de la ciudad Leandro Sarasola.

Al mediodía, quien sabe si algo aplacadas sus iras y tranquilizado un tanto su inquieto espíritu decidióse a ir a su taller por la tarde.

Vistióse el traje de labor: pantalón oscuro, chaqueta y chaleco más claros, boina y faja y se dirigió a la carpintería, no sin olvidarse de colocar el revolver adquirido por él en la mañana del domingo, en uno de los bolsillos de su chaqueta.

El revolver estaba perfecta y totalmente cargado, con seis balas.

¿Cuáles eran los propósitos de Leandro Sarasola puesto que tales precauciones tomaba?

Es indudable que el joven carpintero llevaba el propósito de servirse del arma por él adquirida. Mas tarde ha declarado, como nuestros lectores verán, que si él hizo uso del revolver fué porque le pareció que Muro le miraba socarronamente.

Esta sospecha suya y no otra cosa, fué la que, según parece, determinó la triste escena de ayer.

## EL CRÍMEN

### Matar callando

Inverosímil parece, pero así lo aseguran los dueños del establecimiento y los compañeros de Leandro, con quienes ayer hablamos, que el suceso de ayer ocurrió sin provocación alguna.

—¿Pero no medió palabra alguna entre Leandro y Muro? preguntamos.

—No, señor, no; nos contestó el que interrogábamos.

Cuando Leandro se presentó esta tarde, a la una, hora en que se empizca por la tarde el trabajo, nadie le dijo nada ni ninguno de nosotros pudo sospechar lo que iba a ocurrir.

Leandro se fué derecho a su banco, que está precisamente enfrente del de Muro y al lado del que ocupa siempre el amo, Nicolás Marticorena, quien estaba en su banco, colocado a un lado del de éste.

—¿Qué hizo Leandro al entrar?

—Se quitó tranquilamente la chaqueta y se puso a trabajar en su banco.

—¿No cambió ninguna palabra con Muro?

—No señor, no; no hubo ni una palabra.

—¿Pues cómo sucedió el triste hecho?

—No puedo explicármelo. Diez minutos después de hallarnos todos entregados al trabajo oímos una detonación y vimos el humo; después otra y luego otra; pero todo esto con la rapidez del rayo. Lo que pasó luego no puedo explicármelo. Estábamos todos sobrecogidos de espanto y de una indescriptible emoción, por lo inesperado del ataque. No puedo decirle a usted más.

Y con efecto, como nuestro interlocutor nos decía, no hubo, según nuestros informes, provocación alguna de parte de Muro.

Diez minutos después de hallarse trabajando Sarasola, abandonó este su banco y dirigióse al lugar en que había dejado colgada su chaqueta, como si se dirigiera a hacer un cigarro.

Pero en vez de ser éste su propósito, sacó del bolsillo de la chaqueta el revolver y dirigiéndose al banco de Muro que se hallaba como hemos dicho frente a su banco hizo tres disparos sin otra interrupción que la indispensable para hacer el tiro.

Describir el griterío y el alarm que se produjo es imposible. Al tiempo en que repuesto de un momento de estupor corría Muro a ocultarse en un rincón de la carpintería herido, aunque no de consideración, el dueño del taller D. Vicente Zaldúa, así como el oficial Nicolás Marticorena, se lanzaban sobre el joven Muro, como también varios otros compañeros, para evitar que Leandro Sarasola continuase haciendo uso de su arma.

¿Cuán lejos estaban aquellos hombres generosos de suponer lo que iba luego a ocurrir!

Entre los que primeramente se arrojaron sobre Leandro Sarasola para arrastrarle el arma y ponerlo en disposición inofensiva, el que pudo mejor asir al arrebatado joven, fué Nicolás Marticorena que cojiendo por detrás los brazos de Leandro, quiso arrancarle el arma de este modo.

¡Nunca lo hubiera hecho! El furioso Leandro, loco de ira, extraviada la mirada y lanzando espuma, bien sea al forcejear con Nicolás, bien por otra causa voluntaria, dejó escapar el gatillo que tenía cojido y a quema ropa, descerrajó un tiro en la ingle al infeliz Nicolás que al momento empezó a derramar un río de sangre.

Nicolás al sentirse herido abandonó su presa. Sus compañeros asustados ante la vista de semejante doloroso espectáculo, acudieron a él para darle auxilio; pero Nicolás huía ya, en demanda del cuarto de socorro, corriendo todo lo que sus piernas le permitían por la calle Easo, contentándose con la mano, la sangre que brotaba de su herida.

### La fuga del delincuente

Sarasola, al ver herido a Nicolás, pareció recordar su perdido juicio.

Miró en torno suyo como horrorizado de lo que había hecho; dejó el revolver sobre un banco y exclamó:

—¿Dios mío, ¿qué he hecho yo?

—Dios mío, ¿qué he hecho yo?

Después, comprendiendo lo grave de su delito, viendo a todos sus compañeros atemorizados y notando que era considerable el gentío que iba acudiendo allí, sin cuidarse de vestirse la chaqueta, dióse apresuradamente a la fuga y desapareció.

### Los heridos

En tanto Nicolás corría en dirección al cuarto de socorro, seguido de cerca por el conductor señor Peña que acudía al ruido de las detonaciones.

Al llegar frente al hotel Inglés, Nicolás se sintió desfallecer y pidió socorro. No pudo continuar y cayó desfallecido frente a la puerta de hierro de la verja que rodea el establecimiento referido.

El médico de Ibañeta que pasaba precisamente a caballo en aquel momento, apesó para prestar auxilio al herido, que pronto se había visto rodeado de un gran charco formado por la sangre que de su herida brotaba.

Auxiliado del colador y de varios transeúntes, el citado médico condujo a un portal vecino, el de la casa número 4, de la calle de Zubieta, al herido para darle los primeros auxilios. La farmacia del Sr. Aguirrezabala proporcionó, por ser la más próxima, inmediatamente, la primera receta, que el facultativo ordenó.

Breves momentos transcurrieron, y en un coche, fue conducido el herido al cuarto de socorro, en grave estado, y seguido de un gentío considerable.

### En el cuarto de socorro

El Cuarto de Socorro, ofreció pronto un espectáculo conmovedor. Nicolás Marticorena, víctima de sus generosos impulsos, llegó al dicho cuarto con pocas esperanzas de que sobreviviera a su terrible herida.

El médico Sr. Usandizaga, en previsión de una posible catástrofe aconsejó se administraran al herido los Santos Sacramentos y no mucho después el solemne auto religioso se efectuaba, confesándose y comulgándose el pobre herido con cristiana resignación.

Reconoció Nicolás, hallóse una herida grave en la región inguinal derecha y parte superior, y media abdominal, propensa a una peritonitis.

En vista de la urgencia del caso, el herido después de hecha la cura oportuna, fué conducido al hospital de Manteo en una camilla, con todas las precauciones debidas.

En Manteo ingresó en la Sala de Cirujía, cama tercera, sin grandes esperanzas de salvarlo.

El otro herido, Agapito Muro, pudo ir por su pié al cuarto de socorro acompañado de sus parientes.

Sus heridas eran leves y solo pueden calificarse de rozaduras.

En cuanto al Sr. Zaldúa, también, al forcejear recibió una leve herida en la mano derecha.

### El Juzgado

Inmediatamente que conoció el triste suceso, el juez de Instrucción Sr. Ruiz del Castillo se personó en el cuarto de socorro, no pudiendo tomar declaración a Nicolás Marticorena, en vista de su grave estado.

Sin embargo, varios testigos presenciales, pudieron declarar entonces en el Juzgado.

Mas tarde el señor juez, se personó en el lugar del suceso para las oportunas indagaciones.

### La captura del fugitivo

Ya hemos dicho que Leandro Sarasola, después de penetrarse de la enormidad de su delito, hayó apresuradamente a la vista de algunos que, al verlo en mangas de camisa, creyeron era uno de los operarios que iba en busca de algún auxilio facultativo.

Leandro Sarasola, tomó el camino de la Fuente de la Salud, sin que nadie lo sospechara en un principio.

Atravesando frente al puente del ferrocarril, y pasando por Loyola, se dirigió hacia Alza donde, considerándose libre de perseguidores bajó hacia la carretera, por desconocer sin duda caminos más propicios para su fuga.

Entretanto, el digno juez de Instrucción señor Ruiz de Castillo, con el fin de evitar la fuga del delincuente, habiéndose puesto al habla por teléfono con la Sociedad de Pasajes y dado orden a los agentes de vigilancia y miquelatos para que se pusieran en acecho por los caminos, con el fin de ayudar de esta modo a los agentes que por diferentes caminos habían salido en persecución del fugitivo.

Apenas había transcurrido media hora desde el momento en que tales órdenes se dieron y que el agente de vigilancia Sebastian Martín y el miquelato Francisco Bazurto estaban en acecho, cuando observaron que del camino de Alza bajaba hacia la Herrera, un angosto cuyas señas les pareció eran las del fugitivo.

Muy pronto estuvo el citado sujeto cercano al punto en que se hallaban los dos agentes.

Cuando iba a pasar ante ellos, le preguntaron:

—¿De dónde viene usted por ese camino?

—Vengo de Alza, contestó.

—¿Y a dónde se dirige?

—Voy a Reutería.

—¿Cómo se llama usted?

—Leandro Sarasola.

—Vaya, pues dese usted preso y venga con nosotros.

—Si; ya sé que hecho una atrocidad, replicó Leandro Sarasola, como enajenado; y se dejó atar codo con codo.

Eran próximamente las cinco cuando el prisionero llegó a la inspección de vigilancia del Gobierno civil, seguido de una gran multitud que crecía por momentos, ansiosa de conocer al delincuente.

### Lo que dijo el detenido

El delegado Sr. Pérez Mosa y el inspector señor Pitard interrogaron al detenido, quien replicó que si haba hecho la atrocidad, era porque al entrar a trabajar notó que Muro le miró de mala manera.

Indicó que por la mañana no había concurrido al taller, porque conociendo su carácter temía dejarse llevar por la ira y cometer una atrocidad. Pero por la tarde había ido, porque necesitaba ganar su jornal para mantenerse.

También significó que motivos de resentimiento tenía con Muro desde el sábado último, que son los mismos que referimos en párrafos anteriores. Significó también cómo consiguió huir y el camino por él seguido.

Tuvo en fin palabras de sentimiento por lo que había hecho, y sobre todo por la grave herida que había inferido al pobre Nicolás Marticorena.

Por último, añadió, que al huir estaba verdaderamente enloquecido y falto de juicio.

En vista de tales declaraciones, los citados señores dieron aviso al Juzgado de la detención de Sarasola, y no tardaron en personarse en la Inspección los señores fiscal, Sr. Tornos; juez, señor Ruiz del Castillo; y actuario, Sr. Baenechea y un alguacil, quienes permanecieron largo rato tomando declaraciones al criminal.

### En la cárcel

Difícil fué aplacar la curiosidad de la considerable muchedumbre que quería ver al delincuente. Cerca de un millar de personas esperaban la salida del criminal para contemplarle.

Para burlar la paciencia de los que esperaban frente a la puerta de la inspección se trató de hacer salir al preso por otra puerta. Así se hizo.

Pero la multitud se apercebó bien pronto de ello y a todo correr formó una verdadera valla para verlo pasar, por la calle de Peñaflorida al parque de Alderdi-eder y la Concha y hasta la misma cárcel fué seguido de un gran número de curiosos.

Y el coche celular sin parecer por parte alguna.

### Última hora

Cuando terminamos estas líneas, recibimos nuevos detalles del hospital de Manteo, y son las dos de la madrugada.

El herido Nicolás Marticorena se encuentra re-ativamente con alguna, aunque pequeñísima mejoría, y hay algunas esperanzas de salvarlo.

Su anciana madre, viejecita de avanzada edad, ha llegado verio.

Nicolás está algo animado y ha expresado no siente temor por su vida.

Dios se oiga!

## NOTICIAS

Aunque ya hace unos días dimos a nuestros lectores, tomándolos de un periódico sud-americano noticias de partidos de pelota en Buenos Aires que alcanzaban al 4 del mes pasado, en el número de hoy transcribimos las reseñas de los juegos en aquella capital los días 8, 11 y 12 de Febrero, por haberse recibido ayer los periódicos que dan cuenta de ellos.

Anoche recibimos una carta del Sr. Sagredo, que no podemos publicar por exceso de original.

Ya va picando en historia la pérdida de criaturas, sobre lo que llamamos la atención para que se observe algún rigor con esas desdichadas madres que no atienden al cuidado de sus hijos debidamente.

Hace pocos días decíamos esto mismo, apropiado de haber encontrado la policía un niño abandonado en el medio de la calle; anteayer vimos conducir otro por mano de un colador y ayer otro. En menos de cuatro meses recordamos haber visto unos ocho ó diez niños que ha tenido que recoger la autoridad, y esto demuestra un descuido en las madres, que creemos debe ser castigado para evitar que continúe en lo sucesivo.

A las cinco de la tarde de ayer fué curado en el cuarto de socorro de una herida que se había inferido con unas tijeras, un niño de 14 meses, que habita en la calle de Herrani, núm. 27, piso 5.º

Ayer salió de este puerto para Santander, el vapor Baynés, con carga general.

En el expreso de ayer, salió para Vitoria la señora a condesa de Torre-Muzquiz.

A tan elegante señora acompañaba en su viaje la preciosa hija de nuestro querido jefe provincial señor Aguirre Miramon.

La señora condesa de Torre-Muzquiz, que tantas y tan merecidas simpatías tiene adquiridas en esta ciudad, permanecerá en Vitoria algún tiempo, de donde saldrá a visitar a sus paisanos y su pueblo nata, donde ricos y pobres la esperan con gran ansiedad.

Bien es verdad que por su afable trato, así como por otras cualidades que tanto honran a tan aristocrática dama, se hace acreedora a las simpatías que tiene ya adquiridas, tanto en esta capital como en Vitoria y en la Rioja.

En Ezcaray (Logroño) de donde desciende, en la actualidad, se hallan reconstruyendo, ó más bien restaurando, un antiguo y elegante palacio, donde pasará grandes temporadas.

Desearnos buen viaje a tan elegante señora, así como a la preciosísima hija de nuestro querido jefe Excmo. Sr. D. Severo de Aguirre-Miramon.

La abundancia de original nos ocasiona el no poder dar hoy cuenta de la sesión celebrada ayer por el Ayuntamiento, en la que no se trataron sino de asuntos de interés general.

Se encuentran entre nosotros la distinguida señora de Araluce, acompañada de su linda hija y su respetable señora madre.

Dentro de breves días regresarán a Bilbao, después de breve excursión por la frontera.

Es digno de imitación el hecho del ministro de Hacienda de Holanda, al proponer como obra humanitaria, el que se declare libre de derechos a su introducción en aquel reino, al Pec-